Narrativas peligrosas

elpais.com/america/2026-11-13/narrativas-peligrosas.html

Ramón Jauregui November 13, 2026

Democracia

Hay que atender las tentaciones autoritarias del “hombre fuerte” y la adhesión popular que generan esos mandatarios que ofrecen resultados espectaculares



Simpatizantes de Donald Trump en Palm Beach, Florida, el 24 de octubre.CRISTOBAL HERRERA-ULASHKEVICH (EFE)

Sabemos ya que la crisis de las democracias se debe a múltiples factores, pero sabemos menos sobre cómo combatirlos en estos tiempos de furia y polarización, de redes sociales y manipulación, de populismos y simplificación. Nuestra conversación sobre los caminos para fortalecer la democracia suele despreciar la importancia de algunas narrativas que se están instalando crecientemente en gran parte de la sociedad y que destruyen los fundamentos de las libertades y del Estado de Derecho, pilares de la democracia.

Una de ellas es la admiración que suscita la fuerza, la épica que acompaña a la acción directa, resolutiva, terminal. Una especie de *deus ex machina*, capaz de resolver problemas complejos y enquistados a través de las armas, del comando operativo, de los drones, del misil, de la acción sorpresiva y brillante, basada en la inteligencia militar y las armas sofisticadas. Asesinar al autor de un ataque terrorista con un comando, combatir el narcotráfico con misiles, secuestrar a un presidente mediante una invasión relámpago o cambiar un régimen político bombardeando su palacio presidencial son algunos ejemplos que todos recordamos. La fuerza (de quien la tiene, claro) se convierte así en instrumento eficiente, en método resolutivo, capaz de sortear los engorrosos filtros del Derecho internacional y de la democracia misma.

Unida a lo anterior, surgen así las tentaciones autoritarias del “hombre fuerte” y la adhesión popular que generan esos mandatarios que ofrecen resultados espectaculares a problemas sociales, aunque para conseguirlos destruyan convenciones internacionales o sistemas garantistas de los derechos fundamentales del ser humano. El “hombre fuerte” es aquel que aplica una estrategia contra la inseguridad ciudadana con detenciones masivas y macrocárceles y consigue, efectivamente, dar seguridad a su población. Es el que elimina la presión migratoria construyendo muros y expulsando, atados de pies y manos, a sus inmigrantes irregulares, después de una persecución cruel por casas y calles de su país. El “hombre fuerte” no se para ante nada, desprecia su propio Parlamento y acomoda al Poder Judicial a sus intereses, destruyendo los “checks and balances” de su propia democracia.

El hombre fuerte acompaña su imagen resolutiva de signos de poder, de simbología de fuerza. Lo mismo se pasea armado de pistolones junto a los cadáveres de sus enemigos que ilustra su determinación con imágenes impactantes de miles de presos afeitados y arrodillados en la cárcel. Muestra escenas de su éxito arrastrando a un expresidente a la cárcel o mostrando las ruinas de una ciudad destruida por sus bombas.

La tercera narrativa es igualmente atractiva: “América first”. El interés nacional por encima de los intereses ajenos y al margen de las normas que resuelven los conflictos de intereses contrapuestos. Es el principio de que lo mío es primero y su aplicación a las políticas internas en cada país para establecer la llamada” prioridad nacional", es decir, primero los nacionales y después, o quizás nunca, los demás: extranjeros e inmigrantes especialmente.

Esta narrativa destruye también largas convenciones jurídicas en favor de los derechos de ciudadanía y en defensa de las condiciones iguales de los seres humanos, al margen de su origen, raza, sexo, etcétera.

Late en estas y en otras narrativas el mismo desprecio a la democracia, como un sistema incapaz e ineficiente para resolver los problemas en una sociedad desvertebrada de aspiraciones democráticas y en un mundo inmediato y concatenado. La democracia no es eficaz, no es funcional, no es capaz de ofrecer soluciones, se dice, una y otra vez. Es lenta y compleja para encontrar los consensos necesarios y por eso necesitamos un CEO para gobernar el país, un monarca moderno a quien darle poderes suficientes para tomar decisiones con rapidez y para gobernar con eficiencia.

Estos metarrelatos están cada vez más presentes e insistentes en la base de los sentimientos sociales, generados estos últimos años por los grandes acontecimientos de un mundo neoimperial e intencionadamente estimulados en las redes sociales.

Poca gente nos recuerda que muchas de esas victorias que se atribuyen a la fuerza y a los hombres fuertes son efímeras y muchas veces pírricas, generando, finalmente, efectos antagónicos a los inicialmente perseguidos. Conviene recordar que la civilización ha ido

construyendo un mundo edificado sobre el Derecho y la dignidad humana, que, por ello, la razón se impuso a la fuerza en términos históricos, que las pretensiones imperiales acabaron en fracasos y que hay guerras que se diseñan cortas y rápidas (Kiev y Teherán sirven de ejemplo) y acaban en derrotas produciendo cicatrices eternas.

Después de lo ocurrido en Hungría, en Serbia, en Brasil y en Estados Unidos estas últimas semanas, conviene recordar que en el corazón de las gentes sigue viva la llama de la democracia plena y que, como dice la canción de Patti Smith, “people have the power”.